

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Eguílaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.

CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.

CARTA SETIMA.

JOSÉ VENDIDO POR SUS HERMANOS.

Os voy á contar hoy, mis queridos niños, la historia del buen José; escuchadme con mucha atencion para que no se os olvide y podais referirla á vuestros amiguitos.

José era hijo de Jacob y nieto de Abrahan, á quien Dios habia elegido, como ya os he dicho, para ser el padre de su pueblo. Durante su juventud guardaba los rebaños de su padre con sus hermanos. Jacob tenia numerosos rebaños y los enviaba tan pronto á un lado como á otro de las mejores praderas, en donde la yerba estaba bien fresca y verde: sus hijos eran los pastores de estos rebaños, porque en aquel tiempo los hombres que tenian grandes riquezas no se avergonzaban de guardar sus ovejas y sus cabras.

Jacob habia dado á José, que tenia entonces diez y seis años, un hermoso vestido de variados colores para recompensarle por su obediencia y por su dulzura. Esto disgustó mucho á sus hermanos, porque estaban celosos de que Jacob le diera muestras de mayor cariño á causa de su modestia, y voy á deciros lo que les llenó de cólera contra él. Estaban un dia en los campos guardando sus ganados, y reposando á la sombra de un gran árbol porque hacia mucho calor, y José contaba á sus her-

manos lo que habia visto en sueños durante la noche. Me parecia, decia él, que estaba con vosotros gavillando trigo en un campo y que las vuestras, que estaban alrededor de la mía, se prosternaban delante de ella. Y después añadió: he visto tambien en sueños, el sol, la luna y 11 estrellas que me adoraban. Al oir esto sus hermanos, muy enfadados le dijeron; ¿qué significa eso, es que tu serás nuestro Rey? Estaremos sometidos á tu poder? Estaban llenos de cólera contra él; pero el buen José escuchaba todo esto en silencio, porque pensaba que era Dios quien le habia enviado estos dos sueños.

Algun tiempo después, habiendo ido algo léjos los hermanos de José á hacer pastar sus rebaños, Jacob inquieto por no tener noticia de ellos, envió á José para saber cómo estaban y si los ganados se encontraban en buen estado. José que amaba mucho á sus hermanos se puso alegremente en camino, y cuando se aproximaba á la pradera donde pacian los rebaños, le vieron sus hermanos y se dijeron unos á otros: hé ahí á nuestro soñador que viene; vamos, matémosle y arrojémosle en esta cisterna; diremos que una fiera le ha devorado; después de esto veremos á quien habrán servido sus sueños.—Ya veis, amiguitos míos, á lo que conduce la envidia; se comienza desde luego por pequeñas querellas, palabras duras, y después se cometen las más grandes maldades. Ya os acordareis que por envidia mató Cain á su hermano Abel; y hé aquí todavía que por envidia los hijos de Jacob quieren matar á su hermano José, que era tan bueno y tan dócil, que no les habia hecho daño alguno jamás

y que iba por el contrario, lleno de alegría, á adquirir noticias suyas. ¿No es verdad que no sereis nunca envidiosos ni tendreis celos de vuestros hermanos ni de vuestros compañeros?—Ruben, uno de los hijos de Jacob, que era ménos malo que los otros, se apesadumbrió al oírles hablar así de José y les dijo: no le mateis; arrojadle en esta cisterna que se haya próxima á nosotros y no os mojeis vuestras manos con su sangre. Decia esto porque tenia el designio de ir, después que se hubieran alejado sus hermanos, á sacar á José del pozo y volverle al lado de Jacob. Tan pronto como José se acercó á ellos, le quitaron el hermoso vestido de color que Jacob le habia dado y después le arrojaron en la cisterna. En seguida se alejaron un poco y se sentaron para comer, tan malvados eran, mientras que el pobre José estaba en el fondo de la cisterna desecada, sin un pequeño pedazo de pan para acallar el hambre. Este lloraba creyendo que estaba abandonado y que moriria sin tener á nadie á su lado y sin volver á ver á su buen padre Jacob; porque la cisterna era muy profunda para que pudiese intentar el salir de ella.—Pero Dios que vela sobre sus hijos no abandonó á José á quien amaba por su docilidad y su cariño hácia su padre, y ya vereis como hizo servir la maldad de los hermanos de José, para hacer á este grande y poderoso.

Mientras que los hermanos de José comian tranquilamente sobre la yerba, vieron pasar algunos mercaderes ismaelitas que iban á Egipto.—Judá, dijo entónces á sus hermanos: de ¿qué nos servirá el haber hecho morir á José, nuestro hermano y de haber ocultado su muerte? Vale más venderle á estos mercaderes y pareciéndoles á los otros que tenia razon, sacaron al pobre José de la cisterna y le vendieron por veinte piezas de plata. Ya sabreis, niños míos, que Nuestro Señor Jesucristo fué tambien vendido por dinero por un malvado discípulo; y José representa de antemano lo que debia suceder á nuestro Salvador.—Después que se verificó la marcha, tomaron la ropa de José y la mojaron en la sangre de un cabrito que acababan de matar, á fin de engañar á Jacob y hacerle creer que su hijo

habia sido devorado por una fiera. —Fijad vuestra atencion, amiguitos míos, en que aquellos que cometen malas acciones, son casi siempre, al mismo tiempo embusteros.

Enviaron, pues, la ropa á Jacob con el encargo de decirle: hé aquí un vestido que hemos encontrado; ved si es el de vuestro hijo José. El padre la reconoció en seguida y exclamó: ¡es el vestido de mi hijo, una fiera lo ha devorado! ¡Una fiera ha devorado á José! Desgarró sus vestidos, se puso uno de duelo y no cesaba de llorar á su hijo querido. Cuando toda su familia queria consolarle, él respondia: ¡yo lloraré siempre hasta que vaya á reunirme con mi hijo José!

Así, queridos niños, aquellos malvados para satisfacer su envidia contra José, que era tan dócil y tan bueno, no sintieron temor de causar á su padre el más grande de los pesares. Cuando uno se deja arrastrar por la envidia, el corazon se endurece y se llega á ser capaz de las más villanas acciones.

(Se continuará.)

ROMANCES INFANTILES.

EL PERFIL DE UNA AZUCENA.

Julio el de los ocho abrilés,
El de la boca risueña,
De ojos rasgados y negros,
De frente erguida y serena;
El niño del cuerpo hermoso,
El niño del alma bella,
Hijo de un pintor de historia,
Y nacido en Madrid era.
—Tambien yo soy madrileño;
Pida parte el que lo sea,
Por que hoy dedico el romance
A los niños de mi tierra.—
Julio, el hijo del artista,
De amar al arte dió pruebas
Siendo bueno y estudioso
Dentro de su casa y fuera.
Porque es el arte, queridos,
—Si el nombre cristiano lleva—
O bien destello sagrado,
O bien delicada esencia:
La flor que la dá es el alma
Siempre que tal flor se riega
Con la cristiana moral,
Y la práctica nobleza.
Viendo manejar al padre

El pincel y la paleta,
Lo que en el hijo era chispa
Tornóse creciente hoguera:
Los cuadernos, las paredes...
Bocetos son que, inexperta,
Traza la mano de Julio
Con lápiz, carbon ó tierra.
Cuanto vé, el pequeño artista
Estudia, copia, diseña,
A pesar de Maritornes
Que rábia, chillaba y pateaba,
Unida á la gordinflona,
Y prosaica cocinera.
Porque hizo Julio un cuadrito...
—La cocina de una venta—
Donde puso dos mujeres
Entre platos y cazuelas,
Y trévedes, y sartenes,
Y calderos, y calderas;
Que, aunque incorrectos, retratos
De sus domésticas eran.
Para poder más tranquilo
Dedicarse á su tarea,
Salió al balcon de su cuarto,
—Del segundo por más señas—
En el tercero vivía
Amelia, niña traviesa,
Que en su génio, y en sus gustos,
Niña es que á niño se acerca.
Por lo demás muy bonita,
Encantadora, hechicera;
Pero ¡ay queridos! hay cosas
Que ni con engrudo pegan...
Ella jugaba á los toros
Allá arriba, en la azotea,
Ella compraba caballos,
Y pistolas de madera.
Sabies, gorras de cuartel,
Y tambores, y cometa...
Cuando al balcon salió Julio,
La niña con las macetas
En la azotea formaba
Castillos y fortalezas.
—¿Qué haces, Julio?

—Ya lo ves.

—¿Qué haces, vamos...

—Verte, Amelia.

—¿Vas á retratar mis flores?...

—Voy á copiar la azucena
Que, meciéndose en el aire,
Sus granos de oro me enseña.
—Pues no quiero que la copies....

—No me da maldita pena....
Y el niño á trazar se puso
La alba flor en su cartera.
Pero en el papel el lápiz
Puesto había el niño apénas,
Cuando un tiesto con el agua,
Con las flores, y la tierra
Que adrede arrojó la niña
Con la más dañina idea,
Cayó, hiriendo al niño artista
Malamente en la cabeza.
Y hubo escándalo mayúsculo...
Y hubo algazara tremenda...

Vecinos salen al patio;
Vecinos á la escalera;
Los que por la calle pasan,
Se agolpan en las aceras...
Y el prestamista de enfrente
Sale con la bata puesta.
Unos gritan: ¡Agua!... ¡Fuego!
Otros gritan: ¡Que los prendan!...
Y al fin se aplacó la gente
Cuando salió la portera
Contando lo sucedido
Y algo más de su cosecha.
Pasó un mes. Era una tarde
De la alegre primavera
Y Julio aun convaleciente
Se fué al Retiro. Allí Amelia
Estaba también, provista
De sus anzuelos y cuerdas,
Pescando, en la barandilla
Del estanque grande puesta.
La niña indócil vió á Julio;
Pero este cruzó sin verla;
Y afilando el carbencillo
Despareció en la arboleda.
Iba buscando unas plantas
De azucenas, dió con ellas.
Ya el perfil sacado había
De la corola más bella...
Ya el sol á la Villa y Corte
Mandaba su luz postrera,
Cuando Julio oyó á una niña,
Que con voces lastimeras,
A su niñera llamaba
Porque se fué su niñera.
Se alza el niño presuroso
Y vé que por su derecha
Amelia llega llorosa,
Y pálida y descompuesta.
La niña al verle se asusta.
—Ven, buena alhaja, no temas,
Dijo el generoso niño,
Llamando á la pequeñuela
Que esclama puesta de hinojos:
—Perdon, Julio, fui perversa!...
Llévame con mi mamá,
Que yo prometo ser buena...
Y no tirarte mas tiestos...
—¿Y lo has de cumplir?

—De veras...

—Pues bien; si dejas caballos,
Y sabies, y charreteras,
Y los soldados de plomo,
Los peones y la pesca;
Si por los juegos de niña,
Los juegos de niño dejas,
Yo te querré mucho... mucho...
Y de ello te doy en prenda
El mejor de mis dibujos.
El perfil de una azucena.
Guardó la niña la copia
Y el original con ella.
Y del pequeño pintor
Siguió los pasos contenta.
Pasó el tiempo; y hoy se llama
Feliz la jóven pareja:

Que hoy es Julio un buen artista,
Y su dulce esposa Amelia.

Aquí da fin el romance,
Que yo terminar debiera
Con la fórmula de antaño,
Que aquí traslado á la letra:
«Pide el autor de rodillas
Que perdonen sus simplezas.»
Pero ¡quial yo nada pido...
No estoy por formas añejas:
Concluyo con la lección
Moral que el romance encierra:

Si alguno vengarse quiere,
De Julio á vengarse aprenda.

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS Y NATURALES.

LECCION TERCERA.

(Continuacion.)

Movimiento de la tierra alrededor del sol, y sus consecuencias.—Otros planetas además de la tierra. L—una, eclipses, cometas, estrellas.

Ya vosotros sabéis, hijos míos, pues os lo expliqué el otro día, que la tierra gira sobre sí misma en el espacio de veinticuatro horas, y que de este movimiento nace la sucesión de los días y de las noches. Pero, además de ese movimiento, ejecuta también otro, dando cada año una vuelta entera alrededor del sol.

La tierra gira alrededor del sol lo mismo que un peon que se traslada en el suelo de un sitio á otro, dando al mismo tiempo vueltas sobre sí mismo. Este último es el llamado movimiento de rotación de que ya teneis noticias, y aquel es el de traslación. Por hoy, hasta más adelante, me limitaré á deciros que el movimiento de traslación de la tierra es el que produce el fenómeno de la desigualdad de los días y de las noches (pues unas veces, como ya sabéis, son mayores los días y otras lo son las noches), y el fenómeno de las estaciones.

Pero no es sola la tierra la que da así vueltas alrededor del sol.

¡Ah! no: tiene muchos otros astros por compañeros de viaje. Hé aquí los principales: Mercurio, que está á trece millones de leguas del sol; Venus, que está á veintiuno; Marte á cincuenta y dos; Júpiter á ciento setenta y nueve; Saturno á trescientos veintinueve, y Urano á seiscientos sesenta y dos. La tierra, que dista del sol treinta y cuatro millones de leguas, se encuentra, pues, entre Venus y Marte.

Todos estos astros se llaman planetas porque giran alrededor de un centro común, que es el sol, y reciben de él la luz, siendo por sí opacos: pero como se encuentran colocados á distancias más ó menos grandes de ese sol, tardan también más ó menos en dar la vuelta alrededor de él. Así, Mercurio, que es el más cercano, da su vuelta en menos de tres meses; Venus en menos de un año; Marte, en cerca de dos años; Júpiter, en cerca de doce años; Saturno, en veintinueve y medio, y Urano en ochenta y tres.

Parece seguro, que todos los planetas están habitados como la tierra, pero es imposible tener certeza de ello. Por lo demás, si en efecto están habitados, sus habitantes deberán de estar organizados de diferente manera que nosotros, para poder vivir en las condiciones que dichos astros les ofrezcan.

Además de los planetas principales que giran alrededor del sol, hay también algunos que giran alrededor de otros planetas, y se les llama satélites.

De estos tiene Júpiter cuatro, Urano seis, Saturno siete, y además un doble anillo luminoso que le rodea, como una corona, sin tocarle. Pero os hablaré particularmente de la luna, que es el satélite de la tierra. La luna es mucho más pequeña que la tierra; pero nos parece mucho más estensa que los demás astros porque sólo está á ochenta mil leguas de nosotros, mientras que los demás cuerpos celestes están mucho más distantes.

La luna, acompañando siempre á la tierra, es arrastrada por ésta en su viaje anual alrededor del sol. Pero además de este movimiento

la luna gira tambien alrededor de la tierra, de Occidente á Oriente, en el espacio de veintinueve dias y medio; y gira igualmente sobre si misma, de tal manera que presentándosenos siempre por su eje, sólo vemos la mitad de ella, y nunca la otra mitad.—El aparecernos la luna unas veces llena, otras en cuarto creciente, otras en cuarto menguante, etc., etc., depende de su movimiento alrededor de la tierra y del modo con que la hiere el sol.

Voy á explicaros ahora ligeramente y en dos palabras lo que son los eclipses de sol y de luna. Suponed que la tierra, en su movimiento, llega á colocarse entre el sol y la luna: la sombra que hace la tierra da entónces en la luna, y como ésta no es iluminada por el sol, no brilla y nosotros no la vemos. Si al contrario, es la luna la que se coloca entre el sol, y la tierra, impide que veamos al sol en todo ó en parte, y hay entónces eclipse de sol.

Sobre todas estas cosas entraria yo de buen grado en más pormenores con vosotros; pero eso seria querer ir demasiado aprisa. Basta por ahora con lo que os digo. Voy sin embargo, ántes de terminar esta leccion, á deciros algunas palabras acerca de los cometas y de las estrellas, si teneis paciencia para escucharme.

(Se continuará.)

LOS PECADOS CAPITALES.

AVARICIA

En el crisol se conocen
La escoria y el oro bello:
La firme amistad se prueba
En el infortunio negro.
La falsa voz que enaltece
Nobles mentidos afectos,
Cuando la tormenta ruje
Cae en misero silencio.
¿Quién en público no llora
De sus hermanos los duelos?
¿Quién no muestra en sus palabras
Generosos sentimientos?

¡Callad, injuriosas turbas
De endurecidos logreros!
Mejor que hablar de virtudes
Es tenerlas en secreto.
Una pasion devorante
Al hombre roba el sosiego:
La ruin Avaricia odiosa
De la mezquindad engendro.
Baste ya, toda la tierra
Es un lúgubre lamento:
Baste, sí: con larga mano
Derramad oro y consuelos.
Ya el mundo en su frio manto
Envuleva el rígido invierno,
Ya con mortífero soplo
Diezme el estío los pueblos:
Ora la guerra insaciable
Siembre horrores en su vuelo,
Ya falten al pobre activo
Trabajo, calma y sustento,
¡Cuánto mal, cuánta amargura
En desamparo gimiendo!
Para la indigencia honrada
No lucen dias serenos.
La triste Avaricia en tanto
Desoye el clamor inmenso,
Y azorada le sepulta
En sus entrañas de hielo.
Escóndese recelosa,
Se inquieta y huye del sueño,
Y es de sus muertos tesoros
Centinela sin relevo.
Entre sus riquezas pobre,
Sumida en largo destierro,
Sin ilusiones el alma,
Sin salud y fuerza el cuerpo,
De sí verdugo y de todos
Se atormenta y dá tormentos.
Roba y mata y lucha estéril
De su vida en el infierno.
¡Venid liberales almas!
¡Venid corazones buenos!
¡Triunfe del mal vuestro impulso,
Vuestra honradez, vuestro ejemplo!

Cuentos para los niños,

POR SEMUIT.

EL CORDERITO.

Una pobre niña llamada Cristina, de cerca de diez años de edad, cogía un día fresas en la selva. Hacía un calor sofocante; no se sentía el menor soplo de viento y el sombrero de paja de la joven apenas bastaba para preservarla de los abrasadores rayos del sol. Su frente estaba cubierta de sudor y sus mejillas estaban rojas como la escarlata. Continuaba, sin embargo, cogiendo fresas y no levantaba los ojos por temor de perder un instante; porque decía hablando consigo misma y llena de dulce contento: «Todo lo que estoy haciendo es para mi buena madre que está enferma; el dinero que sacaré de estas fresas, la procurará algún alivio.»

Cuando vió que se aproximaba la noche se puso en camino para volver á su casa, con la cesta llena de fresas, pendiente de su brazo. Comenzaba á llover y el trueno se hacía oír á lo lejos. Apenas Cristina hubo salido del bosque, se levantó un viento fuerte, la lluvia arreció y el cielo, de un encarnado oscuro hacía poniente, estaba oscurecido por todos lados con nubes amenazadoras, amontonadas las unas sobre las otras. Cristina evitó cuidadosamente el acercarse á los grandes árboles: se puso á cubierto detrás de unas malezas y se preparó á esperar el fin de la tormenta.

De repente oyó en el bosque vecino, un grito lastimero, parecido al de un niño pequeño. Era tan compasiva y buena, que ni la lluvia, ni los relámpagos, ni los estallidos del rayo, pudieron impedirle el que fuese á averiguar de donde había partido aquel quejido. Avanzó en el bosque y se quedó sorprendida al ver un pobre corderito que se había extraviado y que estaba todo mojado y temblando de frío. «¡Oh! ¡pobre animalito! dijo Cristina muy conmovida, no pereceras; ven, te voy á llevar á mi casa.» Y tomó en efecto al cordero en sus brazos y se volvió á su casa en cuanto cesó la lluvia.

«¡Oh! ¡mira mamá! gritó al entrar en su aposento, ¡mira, yo te lo ruego, lo que acabo de encontrar! ¡un cordero precioso! ¡Qué dichosa soy! ¡Cómo voy á cuidarle! ¡El será toda mi alegría!—Hija mía, le dijo su madre incorporándose sobre su lecho y apoyando la cabeza sobre el brazo, tu olvidas en tu alegría, que este cordero debe tener ya un dueño. Se ha extraviado y es un deber nuestro el devolverlo. Estoy segura que al rico paisano del cortijo vecino es á quien pertenece: ve á llevárselo hoy mismo. No debemos guardar lo que es de otro en nuestra casa, ni durante una sola noche.»

«¡No entendeis vuestros intereses! gritó en este momento por la ventana un albañil que reparaba la tapia del jardín, y que había escuchado la conversación; no es preciso ser tan escrupulosos.» La madre y la hija se volvieron asustadas y le mira-

ron con ojos espantados. «No os asustéis, añadió el albañil, hablo seriamente. Vamos á matar este animal y le partiremos como buenos amigos; su carne nos dará algunas buenas tajadas y la piel valdrá también algunos cuartos. El dueño del cortijo tiene más de cien carneros; uno de más ó de menos, ¿qué le importa? Matemos este: nada teneis que temer, nadie nos verá, podeis fiar en mí. Sabré callar como esta muralla.» Y diciendo estas palabras, echó una pellada de yeso en la pared.

Cristina se horrorizó de este discurso, que le pareció abominable. «¡Nos aconsejais una infamia! dijo al albañil; lo que los hombres no ven, Dios lo vé. Y tu mamá, tienes razón. Estoy sorprendida de no haber pensado desde luego en devolver este corderito. Le hubiera conservado con tanto gusto! añadió vertiendo algunas lágrimas, pero es necesario obedecer á Dios.»

Cogió entonces al cordero le envolvió en su delantal y se puso en camino para el cortijo aunque llovía aún y el sol estaba próximo á ocultarse.

A la llegada de Cristina la dueña del cortijo estaba á la puerta, rodeada de sus hijos y teniendo al más pequeño en sus brazos. Todos juntos, observaban atentamente un hermoso arco iris que brillaba en aquel momento con los más vivos colores. «Ved, hijos míos, decía la madre enseñándosele con la mano, mirad este hermoso arco iris y decid á Dios que es su autor. Dios nos muestra su magnificencia y su fuerza en los relámpagos y en el rayo y nos recuerda con el arco iris su amor y su bondad.»

Cristina, cuyo corazón estaba contento, porque era puro, miraba con un dulce placer, tan pronto los bellos colores del arco que brillaba en el cielo, como las risueñas fisonomías de los hijos de la dueña del cortijo; y guardó silencio hasta que aquel se hubo disipado. Sacó en fin, de debajo del delantal el corderito, lo puso en el suelo y contó como lo había encontrado.

Es muy laudable tu comportamiento, dijo la dueña del cortijo, viniendo tan tarde y con el tiempo que hace. Eres una buena muchacha. ¡Si, verdaderamente! dijo su marido que apareció en la puerta. Ved, hijos míos, es preciso que seais un día tan justos y tan honrados como esta pobre niña. Vale más, no poseer ni un solo cordero, y ser justo y honrado, que poseer ciento y tener mala fé. La probidad de la pobre Cristina es un tesoro del corazón, más rico que todo un rebaño y que nadie puede arrebatar.

Francisco, el hijo del dueño del cortijo, corrió entonces hacia el establo de los corderos, é hizo salir una oveja. En seguida el corderito salió al encuentro de su madre y se puso á saltar de gozo al verla. Cristina, contempló con delicia este tierno espectáculo y dijo: «este sólo placer me hace olvidar todo el sentimiento que pudiera tener en dejar á este pobre animal, que me era ya tan querido.»

—Y bien, dijo el dueño del cortijo, puesto que eres tan honrada y quieres tanto á este corderito, quiero regalártelo. Pero todavía es muy joven, sin embargo, para que tú puedas cuidarle: no podría vivir sin mamar y perecería indudablemente. Dentro de una quincena de días, estará bastante fuerte para

alimentarse de yerba y entonces Francisco te le llevará. Si tienes cuidado, podrás criarle con pocos gastos mientras oges fresa ó haces media te será fácil hacerle pastar: y dedicándote algunos momentos todos los días podrás recoger bastante heno para alimentarle durante el invierno. Cuando esté criado, su leche os será de una grande utilidad á ti y á tu madre en vuestra pequeña casa y con su lana podreis haceros cada año algunos pares de medias... Y si la fortuna os favorece, dijo el pequeño Francisco, bien pronto tendreis un gran rebaño de corderos.»

EL MOCHUELO Y EL SAPO.

FABULA.

Ya entre dos luces,
Cerca de un charco
Profundamente
Dormía un sapo:
Le vió un Mochuelo
Que en un peñasco
Próximo, estaba
Filosofando.
—Porque, no hay duda,
Quien es tan raro
Que vive sólo
Y en despoblado,
Sinó es bandido,
Ni es ermitaño.
O es un gran bestia
O es un gran sábio—
—¡Holá!... le dijo.
Despierta hermano...
Que la cigüeña
Se va acercando;
Y el prevenido
Vale por cuatro.
—¡Qué prevenido,
Ni qué ocho cuartos!..
Dijo el escuerzo
Con voz de bajo,
¡Cálle el Mochuelo
Y el torpe pájaro!..
—¡El torpe dices?
—Y el feo añado...
—Pues qué, ¿no sabes
Que causas asco?
—Cálle el que maya
Como los gatos...
—Cálle el hidrópico
De sucio fango.
—Y el metijoso...
—Y el vil ingrato...
—¡Pero, señores,
A dónde vamos
A parar? dijo
Con tono enfático,
Cierta raposa
Que estaba al paño;

Vuestras palabras
Sirven de escándalo
A los corderos,
Y á los gazapos,
Y á las gallinas,
Y aún á los gallos...
Pues vuestro ejemplo...
¿No hará gran daño
A los pichones
Tiernos é incantos?..
Sin más disputas,
Uno de entrambos
Diga la causa
Del altercado.
Nuestro Mochuelo,
Sucinto y claro,
A la raposa
Contaba el caso.
—Fuiste el culpable,
Dijo ella, y fallo
Que eres, amigo,
Bastante zafío.
Oye las frases
De un zorro anciano
Que sabe de esta
Más que el tostado:

*Si una cox ó un desprecio
Recibe, no se queje,
Cualquiera que aconseje
A un orgulloso necio.*

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

ENIGMA.

Tengo la razon cautiva:
Nadie agrada á Dios sin mí.
Obra, y consérvame viva,
Si deseas ver arriba
Lo que no pudiste aquí.

T.

(La solucion en el número siguiente.)

Solucion del problema del número anterior.

Heredó en limpio cada heredero 2.156.665'666.

Resuelto por el alumno de la escuela de las Rozas.

FEDERICO MARTINEZ.

ta.—José, ántes de darse á conocer, quiso probar á sus hermanos y ver si no eran tan malvados como en otro tiempo. Les habló, pues, muy severamente y les preguntó de donde venían, á lo que ellos contestaron que del país de Canaan; y habiéndoles dicho entónces José, que los miraba como espías, es decir, como á gentes engañadoras y malvadas, le respondieron: Señor nosotros sólo hemos venido aquí para comprar trigo. Eramos doce hermanos hijos de un hombre que habita en el país de Canaan: el más pequeño se ha quedado con nuestro padre, y el otro no está en el mundo; porque ellos creían que José había muerto. Pues bien, replicó José, quiero ver si decís la verdad: que vaya uno de vosotros para conducir aquí al más jóven de todos; y entretanto estareis prisioneros porque os miro como espías. Les hizo, entónces encerrar en una prision durante tres dias: pasados estos, los mandó venir á su presencia porque temia que Jacob careciese de pan, y les dijo: Haced lo que voy á manifestaros y vivireis; os permito que os vayais y que lleveis trigo á vuestro país, pero es preciso que uno de vosotros quede aquí prisionero, hasta que me hayais traído vuestro jóven hermano. «Esto lo hacia José porque tenia deseos de ver á Benjamin á quien amaba con todo su corazon. Se vieron por lo tanto obligados los hermanos de José á hacer lo que este queria, pero estaban muy disgustados por tener que dejar á uno de ellos prisionero. Hablaban en la lengua de su país, creyendo que José no lo comprendia y se decian; Es muy justo que suframos todo esto, porque fuimos muy malvados con nuestro hermano y no quisimos escucharle cuando nos suplicaba que tuviéramos piedad de él. Esta es la causa de la desgracia que nos está sucediendo. Ruben, aquel que habia impedido que matasen á José añadió; bien os decia yo entónces que no debiamos ser tan malos con nuestro hermano; Dios nos castiga ahora. José que entendia todo lo que ellos decian, sin que lo sospechasen, estaba enternecido y se marchó de la sala un momento para llorar á sus anchas. Al poco rato entró é hizo prender á Simeon y que le atasen delante de los otros. Después mandó que se les vendiese trigo, pero

al mismo tiempo encargó á los oficiales que el dinero que dieran lo metiesen en sus sacos, y les hizo dar comida para el viaje.

Partieron al fin con sus asnos cargados de trigo; y en la primera posada uno de ellos abrió su saco para dar de comer al asno y encontró el dinero que habia dado por la compra del trigo. Los demás encontraron tambien el dinero en sus sacos, de manera que estaban sorprendidos. Contaron á Jacob todo lo que les habia sucedido; que Simeon estaba encarcelado y que el ministro del rey les habia dado órden de llevar á Benjamin á Egipto. Jacob se puso muy afligido y les dijo: me reducireis á quedarme sin hijos; José ha muerto, Simeon está preso, y todavia me quereis arrebatar á Benjamin? Entónces Ruben le dijo: confiadmele, yo os le volveré á traer.

No, dijo Jacob, mi hijo Benjamin no irá con vosotros, porque si llegase á sucederle alguna desgracia como á su hermano José, yo moriria de pesar.

(Se continuará.)

EL CORTESANO.

Con el reposo del campo
Y apacibles distracciones,
Un cortesano queria
Desvanecer sus dolores.
Mas ¡ay! su mente ofuscaba
La ambicion que el bien corrompe
Mientras que tristes memorias
Hacian sus penas dobles.
Y así, buscando el sosiego
Que sólo el justo conoce,
De su amargura seguido
Caminaba con pié torpe.
Una estendida pradera
Vió por fin, rica en verdores,
Y en un trozo mal tajado
De blanca piedra sentóse.
Dispersas luces bullian,
Daba el campo sus olores;
El sol brillante á lo léjos,
Bello y limpio el horizonte.
De herboso peñon brotaban

Mil fuentecillas acordes,
Que en blanda lluvia deshechas
Iban cayendo en las flores.
Y luego en fúlgido arroyo
Deslizábanse veloces,
El ruido leve sonando
De sus cristales entónces.
—Allí, solitario abría
La fecunda tierra un hombre,
Y con sudor la regaba
Para merecer sus dones.
Y aunque latía su pecho
En fatigosos rigores,
Y á pesar de que su frente
Al rayo del sol quemóse,
Dulce bondad respiraba
Mostrando sus puros goces
En el son franco y sencillo
De placenteras canciones.
Y el eco las repetía,
Y el ave tiernos redobles
Daba escondida en las ramas
Publicando sus amores.
No léjos, y al pié florido
De choza pajiza y pobre,
Y entre nevados y alegres
Corderillos jugueteros,
Alma de aquellos espacios,
Gloria de aquellas regiones,
Llena de paz se encontraba
Su venturosa consorte.
Y entre sus manos tenía
Absorta en gratas labores,
Telas que fueron un tiempo
Blancos y rizos vellones:
Y aquí lucientes panales,
Más allá frutas y flores,
Y á un lado sus tiernos hijos
Que, al son de la cuna dócil,
Con infantiles acentos
Balbuceaban su nombre.
—Dejó el solitario huesped,
Sumido en mil reflexiones,
Tan dulce tierra, envidiando
A sus libres poseedores.
Y mientras iba en los aires
Derramándose la noche,
Y las estrellas salían
En magnífico desórden,
Él, de dolor traspasado,
Volvióse triste á la corte,
Y ellos marcharon del sueño
A conquistar sus favores.

JULIO DE EGUILAZ.

LEYENDAS MORALES,

escritas para los niños

POR

DON JOSÉ MARIA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

CAPITULO V.

EL CASTIGO.

El robo consumado por el padre de D. Simon colocó á esta desventurada familia en el borde de una rápida y resbaladiza pendiente, por la que debía precipitarse hasta el último de sus individuos.

D. Simon, educado por su padre tan perversamente como él educaba á su hijo, aperecía tranquilo ante la sociedad, y no obstante su espíritu estaba de continuo torturado por los crueles recuerdos de una escena que vamos á referir, ocurrida entre él y su padre.

¿Por qué, pues, se nos dirá; por qué D. Simon no procuró la enmienda á la vista de sus remordimientos? Porque D. Simon habia comenzado el descenso de la pendiente y no estaba en su mano detenerse, ni mucho ménos retroceder, á la manera que una esfera lanzada por un plano inclinado no puede por sí sola impedir el necesario cumplimiento de una ley física de la naturaleza.

Para la mejor inteligencia de los sucesos, vamos á retroceder unos cuantos años.

Nuestros pequeños y queridos lectores recordarán el encuentro en que el señor de Zabaleta, apareciendo terrible, si hizo temblar al ladrón de su fortuna, al asesino de su hija, dió en cambio el último golpe á su débil existencia.

Veamos ahora qué aconteció en la casa de don Simon á la llegada de su padre después de aquella escena.

Desde muy pequeño habia tomado parte D. Simon en los asuntos de la casa aún en aquellos que han menester cierto tino y la esperiencia de muchos años; así es que en varias ocasiones estuvo á punto de acabar con la poca fortuna de su familia.

A pesar del cuidado con que el padre ocultaba el fruto de su infamia, no dando á los negocios sino muy poca más extension que ántes, D. Simon descubrió al fin la existencia de aquella riqueza, cuyo origen le importaba poco, toda vez que nunca pensó en conocerle.

Su padre cometió después del robo una imprudencia que debía costarle muy cara.

Receloso hasta de su sombra, preindia alguna vez de su hijo, como si fuera cosa tan fácil convencerle de que no era necesaria su intervencion después de haberle permitido imprudentemente mezclarse hasta en los más delicados asuntos.

Con tal motivo hubo escándalos que el padre habria evitado de buen grado á costa de su sangre.

y que sólo terminaron cuando D. Simon tomó de nuevo parte, como potencia de la casa, en todos los negocios.

Léjos esta victoria de contentar á D. Simon, le ensoberbeció hasta el punto de exigir el manejo absoluto del caudal, á pretexto de que su padre estaba achacoso y le era necesario descansar; pero en realidad para satisfacer su deseo de dominarlo todo.

La respuesta del padre se redujo entonces á la más rotunda negativa; pero D. Simon, que no estaba acostumbrado á tan desusada energía, pensó en el medio de apoderarse de aquella riqueza, y con la cual soñaba continuamente.

Desde entonces manifestó una hipócrita indiferencia hácia los negocios para realizar más pronto sus inicuos planes; hasta que á fuerza de perseverancia logró descubrir el sitio donde su padre escondía el codiciado tesoro, del cual pensó apoderarse y huir para siempre de su familia.

Durante el día, mostrábase D. Simon cariñoso y alegre como nunca; y sólo cuando los ténues restos de la luz crepuscular de cada tarde eran envueltos por las tinieblas de la noche, pensaba seriamente en llevar á cabo su propósito; pero más de una vez le detuvo la magnitud misma del hecho, ya que no el temor de ser descubierto.

Cuando su padre después de desprenderse de los brazos del Sr. Zabaleta corrió hácia su casa, tuvo la fortuna de no encontrar á nadie en el camino ni hasta su misma habitación. En ella pensaba cobrar alientos á solas y combinar los medios de ponerse á salvo, y lo hubiera hecho, que harta serenidad tenía para ello, si al atravesar la puerta, que encontró entreabierta, no percibiese un ruido sordo y una respiración mal contenida que estremeció todo su ser.

Detúvose y conteniendo á su vez la suya, adquirió la certeza de que en la estancia había una persona.

Y era cierto: allí se intentaba un crimen, pues un hombre envuelto en la oscuridad de la noche, hacia esfuerzos para apoderarse del caudal encerrado en una gaveta.

El ladrón por su parte, viéndose sorprendido, pensó en escaparse á cualquier precio, con cuyo objeto se lanzó á la puerta, cuando el recien llegado hizo igual movimiento hácia donde sonaba el ruido, con lo que vinieron á encontrarse en medio de la estancia.

El padre de D. Simon sintió entonces en su hombro derecho la punta fría y aguda de un cuchillo que le hubiera sin duda alguna atravesado; pero en el mismo instante pidió socorro y el agresor dejando caer el arma homicida retrocedió hasta encontrar la pared.

Al notar el padre de D. Simon aquel movimiento, sufrió el más intenso dolor, no en el hombro de cuya herida sólo había brotado una gota de sangre sino en su corazón. Súbita le asaltó una idea incomprensible pero real entonces; y para cerciorarse de lo que en medio de una mortal angustia presentía, cerró la puerta de la habitación y abrió la de una ventana que daba al campo con toda la rapidez del rayo.

A la escasa claridad de la luna que iluminó la estancia se le presentó á sus ojos la terrible verdad que imaginaba: tenía enfrente de sí á su hijo Simon entre insolente y avergonzado.

A juzgar por la actitud de los dos, difícilmente se hubiera distinguido á primera vista cuál era el verdadero criminal.

La fisonomía del padre expresaba á la vez la duda, la desesperación, el remordimiento.

La del hijo, más altanera desde que notó la perplejidad de su padre, recobraba gradualmente su insultante serenidad.

Aquella escena era demasiado violenta y debía terminar muy en breve de un modo desastroso.

A la imaginación del padre se agolpó instantáneamente su execrable pasado: y quizás, por primera vez de su vida, se sintió culpable por la educación que había dado á su hijo.

Varias veces quiso hablar y otras tantas espiraron las palabras en sus labios.

¿Y qué podía echar en cara á su hijo, si la presencia misma de este en semejante sitio y en aquellas circunstancias era un terrible reproche? ¿De qué podía acusarle si cuanto acababa de suceder era el efecto necesario de la mil veces maldita educación que su hijo recibiera?

De buena gana hubiéramos renunciado á la descripción de escenas tan repugnantes; pero importa mucho presentar la verdad en estos casos, por la provechosa enseñanza que de ella puede resultar.

El padre de D. Simon no podía sostener tanto tiempo aquella tremenda lucha; sus fuerzas estaban aniquiladas.

Girando sus ojos en todas direcciones vinieron á fijarse en el cuchillo que estaba á sus pies. A la vista de aquel instrumento parricida, su semblante tomó un aspecto siniestro; y contemplándole por algunos instantes, lanzó por último una nerviosa carcajada: ¡el infeliz se había vuelto loco!

(Se continuará.)

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS Y NATURALES.

LECCION TERCERA.

(Continuación.)

Los cometas son como una especie de planetas, que giran también alrededor del sol; pero se diferencian de los planetas, que ya os he descrito, en que caminan trazando elipses infinitamente más alargadas, acercándose extraordinariamente al sol, para alejarse des-

pués de él de un modo prodigioso; lo cual es la causa de que pase tanto tiempo desde que se les ve una vez hasta que vuelven á aparecer. Distingueseles con facilidad por una especie de cabellera luminosa que los rodea ó los sigue comunmente en forma de cola. Ya se ha tenido ocasion de hacer observaciones respecto á muchos de ellos: por eso se puede predecir su vuelta y reconocerlos cuando se dejan ver de nuevo.

Ya veis, pues, que los cometas son unos cuerpos celestes sometidos á leyes constantes: no deben, por lo tanto, inspiraros el menor temor, lo mismo que no os lo inspira el sol ni la luna, ni tampoco debeis creer que son señales de trastornos. Es preciso no atribuir á los astros sinó aquellos efectos naturales que se producen en relacion con sus movimientos y que no pueden atribuirse á otro origen. Os pondré un ejemplo de esto.

En las orillas del Océano se ve que sus aguas avanzan dos veces cada dia tierra adentro, y descienden otras dos; movimientos alternativos que se llaman: el primero *flujo*, y el segundo *reflujo*. Ahora bien: se ha observado que esos movimientos no se verifican todos los dias exactamente á la misma hora, sinó que cada dia se retardan cuarenta y ocho minutos; y como sucede tambien que la luna retarda asimismo su salida cuarenta y ocho minutos, de esa coincidencia y de esa regularidad con que el fenómeno de las mareas corresponde al movimiento de la luna, se ha deducido que la atraccion que la luna ejerce sobre las aguas del mar es la causa de las mareas. Así, pues, hijos míos, para atribuir á los cometas los sucesos que puedan acontecer en la tierra, seria menester que se observara una constante correspondencia entre cada aparicion de un cometa y tales ó cuales hechos, lo cual no tiene lugar.

Las estrellas, que se llaman tambien estrellas fijas para diferenciarlas de las estrellas errantes ó planetas, son astros que no cambian de lugar, como acontece á los últimos: y aunque nos parezca que caminan en tal ó cual direccion, esto es un mero efecto ilusorio causado por el movimiento de rotacion de la tierra.

Su número es inmenso. ¿No habeis reparado en esa especie de banda blanquecina que por las noches se descubre en el cielo cuando el tiempo está sereno, y que soleis llamar si no me engaño, el *Caminito de Santiago*? Pues esa banda, llamada en términos poéticos *via láctea*, no es otra cosa que una reunion de infinitas estrellas, cuya distancia de la tierra es tambien prodigiosa.

Así, pues, hijos míos, esta tierra que nosotros habitamos, y que os parece tan grande, y ese sol alrededor del cual gira la tierra, no ocupan más que puntos, por decirlo así, imperceptibles en medio de ese espacio sin límites en que la mano de Dios rige millones y millones de astros, muchos de los cuales son mayores que el sol y que la tierra. Seguro estoy de que estas ideas os sorprenderán y que apenas acertareis á concebir tantas maravillas. Yo tambien con más años que vosotros y más instruccion, me quedo embebecido siempre que me paro á meditar en tales cosas, y no puedo ménos de arrodillarme ante la Divinidad.

(Se continuará.)

LOS PECADOS CAPITALES.

LUJURIA.

Entre la vida y la muerte
Negro mar ruje con furia:
Triste cruz alza sus brazos
Entre el sepulcro y la cuna.
Mas sobre el árido abismo
Mágica estrella relumbra:
El amor, faro sin mancha,
Que los pesares endulza.
Débil mortal, no vas solo
Por tu camino de angustias:
El ángel de los amores
En nombre de Dios te ayuda,
Y tu corazon bañando
En suavísima ternura,
Dulces palabras te dice,
Glorias inmensas te anuncia.
¡Feliz tú si nunca vieras

y que sólo terminaron cuando D. Simon tomó de nuevo parte, como potencia de la casa, en todos los negocios.

Léjos esta victoria de contentar á D. Simon, le ensoberbeció hasta el punto de exigir el manejo absoluto del caudal, á pretexto de que su padre estaba achacoso y le era necesario descansar; pero en realidad para satisfacer su deseo de dominarlo todo.

La respuesta del padre se redujo entonces á la más rotunda negativa; pero D. Simon, que no estaba acostumbrado á tan desusada energía, pensó en el medio de apoderarse de aquella riqueza, y con la cual soñaba continuamente.

Desde entonces manifestó una hipócrita indiferencia hácia los negocios para realizar más pronto sus inicuos planes; hasta que á fuerza de perseverancia logró descubrir el sitio donde su padre escondía el codiciado tesoro, del cual pensó apoderarse y huir para siempre de su familia.

Durante el día, mostrábase D. Simon cariñoso y alegre como nunca; y sólo cuando los ténues restos de la luz crepuscular de cada tarde eran envueltos por las tinieblas de la noche, pensaba seriamente en llevar á cabo su propósito; pero más de una vez le detuvo la magnitud misma del hecho, ya que no el temor de ser descubierto.

Cuando su padre después de desprenderse de los brazos del Sr. Zabaleta corrió hácia su casa, tuvo la fortuna de no encontrar á nadie en el camino ni hasta su misma habitación. En ella pensaba cobrar alientos á solas y combinar los medios de ponerse á salvo, y lo hubiera hecho, que harta serenidad tenía para ello, si al atravesar la puerta, que encontró entreabierta, no percibiese un ruido sordo y una respiración mal contenida que estremeció todo su ser.

Detúvose y conteniendo á su vez la suya, adquirió la certeza de que en la estancia había una persona.

Y era cierto: allí se intentaba un crimen, pues un hombre envuelto en la oscuridad de la noche, hacia esfuerzos para apoderarse del caudal encerrado en una gaveta.

El ladrón por su parte, viéndose sorprendido, pensó en escaparse á cualquier precio, con cuyo objeto se lanzó á la puerta, cuando el recién llegado hizo igual movimiento hácia donde sonaba el ruido, con lo que vinieron á encontrarse en medio de la estancia.

El padre de D. Simon sintió entonces en su hombro derecho la punta fría y aguda de un cuchillo que le hubiera sin duda alguna atravesado; pero en el mismo instante pidió socorro y el agresor dejando caer el arma homicida retrocedió hasta encontrar la pared.

Al notar el padre de D. Simon aquel movimiento, sufrió el más intenso dolor, no en el hombro de cuya herida sólo había brotado una gota de sangre sino en su corazón. Súbita le asaltó una idea incomprensible pero real entonces; y para cerciorarse de lo que en medio de una mortal angustia presentía, cerró la puerta de la habitación y abrió la de una ventana que daba al campo con toda la rapidez del rayo.

A la escasa claridad de la luna que iluminó la estancia se le presentó á sus ojos la terrible verdad que imaginaba: tenía enfrente de sí á su hijo Simon entre insolente y avergonzado.

A juzgar por la actitud de los dos, difícilmente se hubiera distinguido á primera vista cuál era el verdadero criminal.

La fisonomía del padre expresaba á la vez la duda, la desesperación, el remordimiento.

La del hijo, más altanera desde que notó la perplejidad de su padre, recobraba gradualmente su insultante serenidad.

Aquella escena era demasiado violenta y debía terminar muy en breve de un modo desastroso.

A la imaginación del padre se agolpó instantáneamente su execrable pasado: y quizás, por primera vez de su vida, se sintió culpable por la educación que había dado á su hijo.

Varias veces quiso hablar y otras tantas espiraron las palabras en sus labios.

¿Y qué podía echar en cara á su hijo, si la presencia misma de este en semejante sitio y en aquellas circunstancias era un terrible reproche? ¿De qué podía acusarle si cuanto acababa de suceder era el efecto necesario de la mil veces maldita educación que su hijo recibiera?

De buena gana hubiéramos renunciado á la descripción de escenas tan repugnantes; pero importa mucho presentar la verdad en estos casos, por la provechosa enseñanza que de ella puede resultar.

El padre de D. Simon no podía sostener tanto tiempo aquella tremenda lucha; sus fuerzas estaban aniquiladas.

Girando sus ojos en todas direcciones vinieron á fijarse en el cuchillo que estaba á sus pies. A la vista de aquel instrumento parricida, su semblante tomó un aspecto siniestro; y contemplándole por algunos instantes, lanzó por último una nerviosa carcajada: ¡el infeliz se había vuelto loco!

(Se continuará.)

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS Y NATURALES.

LECCION TERCERA.

(Continuación.)

Los cometas son como una especie de planetas, que giran también alrededor del sol; pero se diferencian de los planetas, que ya os he descrito, en que caminan trazando elipses infinitamente más alargadas, acercándose extraordinariamente al sol, para alejarse des-

pués de él de un modo prodigioso; lo cual es la causa de que pase tanto tiempo desde que se les ve una vez hasta que vuelven á aparecer. Distingueseles con facilidad por una especie de cabellera luminosa que los rodea ó los sigue comunmente en forma de cola. Ya se ha tenido ocasion de hacer observaciones respecto á muchos de ellos: por eso se puede predecir su vuelta y reconocerlos cuando se dejan ver de nuevo.

Ya veis, pues, que los cometas son unos cuerpos celestes sometidos á leyes constantes: no deben, por lo tanto, inspiraros el menor temor, lo mismo que no os lo inspira el sol ni la luna, ni tampoco debeis creer que son señales de trastornos. Es preciso no atribuir á los astros sinó aquellos efectos naturales que se producen en relacion con sus movimientos y que no pueden atribuirse á otro origen. Os pondré un ejemplo de esto.

En las orillas del Océano se ve que sus aguas avanzan dos veces cada dia tierra adentro, y descienden otras dos; movimientos alternativos que se llaman: el primero *flujo*, y el segundo *reflujo*. Ahora bien: se ha observado que esos movimientos no se verifican todos los dias exactamente á la misma hora, sinó que cada dia se retardan cuarenta y ocho minutos; y como sucede tambien que la luna retarda asimismo su salida cuarenta y ocho minutos, de esa coincidencia y de esa regularidad con que el fenómeno de las mareas corresponde al movimiento de la luna, se ha deducido que la atraccion que la luna ejerce sobre las aguas del mar es la causa de las mareas. Así, pues, hijos mios, para atribuir á los cometas los sucesos que puedan acontecer en la tierra, seria menester que se observara una constante correspondencia entre cada aparicion de un cometa y tales ó cuales hechos, lo cual no tiene lugar.

Las estrellas, que se llaman tambien estrellas fijas para diferenciarlas de las estrellas errantes ó planetas, son astros que no cambian de lugar, como acontece á los últimos: y aunque nos parezca que caminan en tal ó cual direccion, esto es un mero efecto ilusorio causado por el movimiento de rotacion de la tierra.

Su número es inmenso. ¿No habeis reparado en esa especie de banda blanquecina que por las noches se descubre en el cielo cuando el tiempo está sereno, y que soleis llamar si no me engaño, el *Caminito de Santiago*? Pues esa banda, llamada en términos poéticos *via láctea*, no es otra cosa que una reunion de infinitas estrellas, cuya distancia de la tierra es tambien prodigiosa.

Así, pues, hijos mios, esta tierra que nosotros habitamos, y que os parece tan grande, y ese sol alrededor del cual gira la tierra, no ocupan más que puntos, por decirlo así, imperceptibles en medio de ese espacio sin límites en que la mano de Dios rige millones y millones de astros, muchos de los cuales son mayores que el sol y que la tierra. Seguro estoy de que estas ideas os sorprenderán y que apenas acertareis á concebir tantas maravillas. Yo tambien con más años que vosotros y más instruccion, me quedo embebecido siempre que me paro á meditar en tales cosas, y no puedo ménos de arrodillarme ante la Divinidad.

(Se continuará.)

LOS PECADOS CAPITALES.

LUJURIA.

Entre la vida y la muerte
Negro mar ruje con furia:
Triste cruz alza sus brazos
Entre el sepulcro y la cuna.
Mas sobre el árido abismo
Mágica estrella relumbra:
El amor, faro sin mancha,
Que los pesares endulza.
Débil mortal, no vas solo
Por tu camino de angustias:
El ángel de los amores
En nombre de Dios te ayuda,
Y tu corazon bañando
En suavísima ternura,
Dulces palabras te dice,
Glorias inmensas te anuncia.
¡Feliz tú si nunca vieras

Más luz que su luz fecunda!
 ¡Feliz si nunca escucharas
 Más voz que su voz angusta!
 Mas ¡ay! también sacrificas,
 Con mengua que te deslustra,
 En el afrentoso templo
 De falsa deidad inmunda.
 ¡Huye! su aliento en la sangre
 Venenoso se inocular.
 ¡Huye! tus pasos aleja
 Sin volver los ojos nunca.
 No hay flor que á su lado brote,
 Ni noble afecto que luzca,
 Gloria que no se marchite,
 Iniquidad que no cunda.
 Hieren sus torpes halagos,
 Sus viles goces conturban,
 Su pensamiento es la nada,
 Su recompensa la tumba.
 Elige pues: vida ó muerte,
 Bien ó mal, pena ó ventura.
 ¡El amor dá un paraíso
 Y un infierno la Lujuria!

CUENTOS PARA LOS NIÑOS,

POR SEMIT.

EL CORDERITO.

(Continuacion.)

La dueña del cortijo no quiso que Cristina se retirase sin haber comido alguna cosa. Le trajo una escudilla llena de leche, con una rebanada de pan, y la puso en el delantal una docena de huevos y un pedazo de manteca fresca, envuelta en hojas de parra. «Toma, hija mía, la dijo, lleva esto á tu madre á quien darás espresiones de mi parte. ¡Que Dios la ponga pronto buena!»

Llena de gozo Cristina se apresuró á tomar el camino de su casa y atrevióse alegremente el hermoso valle que á ella conducía. El cielo estaba despejado, la estrella de la noche comenzaba á brillar y la luna que estaba en su primer cuarto, no dejaba ver todavía más que una faja de su disco plateado. Las gotas de agua pendían de cada flor y de cada planta y un delicioso perfume se extendía á lo lejos, Cristina experimentaba en su corazón un placer inexplicable. «Después de una tempestad, decía, la naturaleza es siempre más hermosa! ¡Jamás,

sin embargo, la he visto tan bella como esta tarde!»

En cuanto llegó á su casa refirió á su madre lo que le habían dicho. «Ya ves, hija mía, que eso es justamente lo que yo te repito sin cesar. No hay gozo más puro y más dulce que el que produce una buena conciencia. Cuando hacemos el bien un sentimiento inefable llena nuestra alma; Dios nos hace conocer interiormente que está contento de nosotros. No desoigas nunca, mi querida Cristina, esa voz que habla á tu corazón y no hagas más que aquello que pueda ser agradable á Dios. Tu sabes que somos pobres y que nada poseemos; pero con una conciencia recta no nos faltará jamás la tranquilidad; experimentaremos la satisfacción más constante y pura.»

Cristina recogió en su corazón las sagradas palabras de su madre.

Pasó algún tiempo sin que volviese á ver á su corderito. Contaba los días y esperaba con impaciencia el momento en que Francisco viniese á traerle. Hubiera consultado el almanaque si le hubiese tenido, pero á falta de calendario examinaba todas las noches el creciente de la luna y se iba á acostar alegremente. «Cuando la luna esté llena, decía ella, tendré yo mi cordero.»

Mas la luna llena llegó y el corderito no vino. La luna entró en el menguante y Francisco no había cumplido todavía su promesa. «No volveré á ver más mi corderito, dijo una tarde la niña que estaba sentada al lado de la cama de su madre. Me hubiera alegrado tanto de poseerle y de jugar con él sobre la yerba, y me veré privada de este placer!— Ten paciencia, hija mía, respondió su madre; sin la paciencia no se puede nunca ser dichosos.»

Apénas había acabado de hablar, cuando la puerta se abrió y vieron entrar al hijo del dueño del cortijo, seguido del corderito y llevando en la mano una cesta llena de yerba fresca. Cristina empezó á saltar de gozo, se puso de rodillas delante del corderito y le hizo mil tiernas caricias. «¡Oh, como ha crecido! ¡Qué hermoso se ha puesto desde que no le he visto! Me hubiera costado trabajo el conocerle. ¡Qué blanca y rizada es su lana! ¡Qué contenta estoy!

Hace ya muchos días que yo quería traértele, dijo Francisco, pero mi padre me obligó á cuidarle todavía durante algún tiempo. Pensó que así se criaría mejor, y que tú te alegrarías de verle más grande y más fuerte.

Tú eres muy bueno y tus padres también; respondió Cristina. Si no fuese tan pobre, ¡qué dichosa sería en poder pagarte en la misma moneda! pero la primera lana de mi corderito será para ti: te haré con ella un par de medias. ¡Yá verás como cumplo mi palabra!

El joven se volvió muy contento por haber causado tanta alegría á la bondadosa Cristina. Esta llevó su corderito á la pequeña cuadra que tenía la casa, y le dio de comer. El corderito se acostumbró tanto á ella, que venía á tomar el pan en su mano, á beber la leche en su escudilla y la seguía por todas partes como un perrito.

Cuando la madre de Cristina contemplaba este espectáculo y era testigo de la ingénua alegría de

su hija, la decía con frecuencia: «¿no es verdad Cristina, que no te arrepientes de haber seguido mi consejo y haber devuelto el cordero á su dueño?— ¡Oh! no, mamá, respondía la amable niña. Siempre escucharé tu voz como el corderito escucha la mía. Tu amor hacía mi, ¿no es más vivo todavía que mi ternura para este cordero?»

(Se continuará.)

Solucion á la charada del número anterior.

Un devoto de San Gil,
Que apellida Somosierra,
Dice que crece en su tierra
Muy frondoso el PEREGIL.

El niño de la escuela de Antequera,
FELIPE SOMOSIERRA.

CHARADA.

Si primera repites,
El nombre formas
De un venerable anciano
Que vive en Roma.
Y es la segunda,
Si yo no me equivoco,
Signo de música.
La prima y la que sigue
Mete en el horno
Unas veces los panes,
Y otras los bollos;
Y el hambre es cierta,
Cuando el rústico no hace
Segunda y tercera.
Niño que acertar quieres
Esta charada:
No te molestes mucho,
Que está bien clara:
Discorre un poco;
Y hallarás qué palabra
Conviene al todo.

(La solucion en el próximo número)

Solucion del enigma del número anterior.

Quando el enigma leyó
El niño Marques atento,
Esclamó con dulce acento:
«La F é mi pecho inflamó.»

El niño de la escuela de Antequera,
MANUEL RUBIO MARQUES.

MAXIMAS Y PROVERBIOS.

—Una onza de discrecion vale más que dos de talento.

—No hay mayor orgullo que el del pobre enriquecido.

—Los malvados son como los sacos del carbonero: se tiznan los unos á los otros.

—El avaro es semejante á un perro en un camino, que enseña á todos los dientes.

—El trabajo es la mano derecha de la fortuna y la frugalidad su mano izquierda.

—El juego nos roba tres cosas excelentes: el dinero, el tiempo y la conciencia.

—Perdona á todos y nada á ti mismo.

—Mas vale vergüenza en el rostro, que delito en el corazon.

—No hay mejor espejo que un buen amigo.

—La verdad es como el aceite: anda siempre encima.

Se necesitan muchas arrobas de tierra para enterrar la verdad.

NOTICIAS CURIOSAS.

Leovigildo, Rey de España, en el año de 571 fué el primero que usó de vestidura de púrpura con corona y cetro Real.

El Rey Recaredo en el año de 590 dió principio á la católica costumbre de que fueran los Reyes de España á prestar la obediencia al Sumo Pontífice. En este tiempo, siendo Papa San Gregorio, se experimentó aquella pestilencia en Roma, que estornudando ó bostezando, se quedaban muertas las personas, por lo que desde entónces quedó la costumbre de hacer la señal de la cruz en la boca, y decir Jesús, ó Dios sea conmigo, cuando alguno estornuda. Al mencionado rey Recaredo, el Papa San Gregorio le honró con los renombres de católico, cristianísimo y padre de la patria.

Gundemaro, Rey de España, en el año 609 estableció por ley, que no se sacasen de los templos los delincuentes que se acogiesen á ellos.

En tiempo del rey Sisenando, y año de 630, tuvo principio en España el rapar á los Galeotes.

Flavio Eryigio ordenó en el año 681 que cuando estoviesen algun Godo enfermo, llamase al médico y se ajustase con él, y si le curaba le abonase lo que

hubieran estipulado, y si moria que pagase el facultativo los medicamentos.

En el año de 844 se estableció el voto que llaman de Santiago.

El Rey D. Ramiro I el año de 845, libertó á España del infame tributo que le impuso el Rey Mauregato, pues en 61 años que duró, fueron entregadas á los Mahometanos 6.100 doncellas, 3.050 nobles y 3.050 plebeyas.

En el año 1016 tuvo principio la costumbre de que los Monteros de Espinosa, guardasen de noche la persona del Rey.

En el año 1085 tuvo lugar la aparicion de Nuestra Señora de la Almudena.

En el año de 1086, reinando D. Alonso VI introdujo el oficio romano en las Iglesias de España á instancias del Papa Gregorio VII, dejando el antiguo mozárabe en sólo seis Iglesias de la imperial ciudad de Toledo.

En el año 1100 se verificó la primera fiesta de toros pública en España.

(Se continuará.)

ESCUELA ELEMENTAL DE NIÑOS

DE LAS ROZAS (MADRID.)

Alumnos que más se han distinguido en la última semana.

Asignaturas.	Nombres de los niños.
Doctrina cristiana é Historia Sagrada.	{ José Herranz. Vito Gayoso. Federico Martinez. Saturnino Benito.
Lectura.	{ Vito Gayoso. José Herranz. Federico Martinez. Francisco Benito. Antero Lázaro.
Escritura.	{ José Herranz. Federico Martinez. Vito Gayoso. Francisco Benito. Vicente Rodriguez. Venancio Rianza.
Gramática y Ortografía.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. Antero Lázaro. Cayo de Tapia. Luis Bravo.

Asignaturas.	Nombres de los niños.
Aritmética.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. José Herranz. Saturnino Benito. Juan Gimenez.
Agricultura.	{ Vito Gayoso. José Herranz. Federico Martinez. Cayetano Lázaro.
Cuadro de pesas, medidas y monedas.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. José Herranz. Luis Bravo. Juan Gimenez.
Láminas de Historia Sagrada.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. José Herranz.
Puntualidad en la asistencia.	{ Gregorio de la Carrera. Alfonso Herranz. Doroteo Benito.
Mapa de España y Portugal.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. José Herranz. Antero Lázaro.
Por el aseo humildad y respeto.	{ Federico Martinez. Gregorio de la Carrera. Federico de la Carrera. Saturnino Estéban. Ignacio Bravo.

COLEGIO DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA DE SAN ANTONIO.

CALLE DE LA PUEBLA, NÚM. 19.

D. César Iglesias.
D. Moisés Calatrava.
D. Eduardo Beascoechea.
D. Baldomero Sanchez.
D. Carlos Gonzalez.
D. Pedro Vigil.
D. Juan Martinez.
D. Gerardo Lopez.
D. Eduardo Arrojo.
D. Bonifacio Gonzalez.

DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Eguílaz y Bengoechea.

MADRID:—1867.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE VAZQUEZ,
calle de San Bernardo, núm. 17.